

SIERRA NEVADA VISTA DESDE GUADIX

Manuel TITOS MARTÍNEZ

INTRODUCCIÓN

En la historia de Sierra Nevada y en la literatura sobre la misma, extraordinariamente abundante a pesar del desconocimiento que sobre ella ha existido hasta hace poco tiempo, es posible distinguir una serie de fases, muchas de ellas superpuestas, que marcan los hitos de su descubrimiento y de la difusión de los conocimientos relacionados con la misma¹.

Podemos así hablar, en primer lugar, del trabajo y la presencia de los científicos, que descubrieron la singularidad botánica, geológica, zoológica, hidrológica o geográfica (Antonio Ponz, Simón de Rojas Clemente, Bory de Saint Vicent, Edmond Boissier, Moritz Willkomm, Johannes Rein...).

Seguirían a aquéllos los viajeros románticos, que entre los años treinta y sesenta del siglo pasado descubrieron Granada y, de paso, la belleza de sus montañas (Richard Ford, Charles Didier, Teófilo Gautier, Alejandro Dumas, Charles Davillier, Gustavo Doré...)

Otra etapa estaría caracterizada por la presencia de los institucionistas, miembros de la Institución Libre de Enseñanza, que encontraron en el contacto con la naturaleza el complemento para la formación integral de los jóvenes y que acudieron profusamente a Sierra Nevada (Luis de Rute, Eduardo Soler, Constancio Bernaldo de Quirós, Pablo de Azcárate, Manuel Martínez de Victoria...).

Los autores granadinos comienzan a tomar contacto con Sierra Nevada tardíamente; primero de manera periférica (Torcuato Tárrago, Pedro Antonio de Alarcón, Antonio Rubio) y después directa, a través del Centro Artístico, la Sociedad Diez Amigos Limited y la Sociedad Sierra Nevada, antes de que comiencen a crearse las infraestructuras que permitirán, a partir de los años veinte de este siglo, una auténtica integración de Granada y Sierra Nevada, me estoy refiriendo a la construcción del Hotel del Duque, del tranvía de Sierra Nevada, de la carretera realizada por Juan José Santa Cruz y de los primeros albergues.

Todo ello posibilita el nacimiento de un conjunto de sociedades montaÑeras y del comienzo de la práctica del esquí, que se institucionaliza en Sierra Nevada a partir de 1928, fecha en la que se celebra la primera Semana Deportiva, auspiciada por el Duque de San Pedro de Galatino y organizada por el Club Penibético.

La guerra civil cortó un activo programa deportivo que se reanudó con vigor al terminar la misma, de la mano de la Universidad, Educación y Descanso, Organización Juvenil Española y otra serie de clubes que, junto con la mejora de las infraestructuras (carretera y albergues), relanzaron pronto aquella actividad.

En 1961 el Ayuntamiento de Granada decidió adquirir unos terrenos en Pradollano para la instalación de una estación deportiva, Solynieve, que ha llegado a convertirse en una de las más importantes de España y que tendrá la oportunidad, si la climatología lo permite, de organizar por primera vez en nuestro país unos campeonatos del mundo de

esquí alpino.

En este panorama histórico y literario, Guadix ha tenido una presencia destacada; tierra muy fecunda de escritores, no podían éstos sustraerse a incorporar a su obra ese maravilloso telón de fondo que para una ciudad como Guadix supone Sierra Nevada. En este artículo analizamos las más destacadas aportaciones.

TÁRRAGO Y MATEOS, «A DOCE MIL PIES DE ALTURA».

Torcuato Tárrago y Mateos fue un escritor que nació en Guadix en 1822 y murió en Madrid en 1889. Fue director de varios periódicos y publicó muchas novelas, especialmente históricas, siguiendo el modelo de Fernández y González, «y como en el caso de este escritor la cantidad superó a la calidad»². Coetáneo de Alarcón (que nació once años después), en Guadix fue siempre el rival de Pedro Antonio y la vida de ambos discurrió alternando periodos de amistad y de animadversión; los dos abandonaron Guadix algo después de 1850, viviendo desde entonces preferentemente en Madrid.

Juan Ignacio Ferreras ha afirmado que la mayor parte de su obra se ha perdido y que gran parte de la misma se publicó en diferentes medios de manera semanal por entregas de 16 a 32 páginas y siempre con anterioridad a su aparición en volumen³. Este mismo autor afirma que sus obras más extensas debieron ser «despedazadas» por los editores sucesivos, a fin de facilitar su venta, de ahí que sea casi imposible establecer una bibliografía cronológica y completa.

Antonio Enrique por su parte ha dicho que sus obras «se adscriben de plano en dos géneros, que van a constituirse en tendencia a partir de entonces. La narración costumbrista y la novela histórica»⁴.

La mejor biografía y la mas extensa catalogación de su obra ha sido realizada este mismo año por Carlos Asenjo, quien recoge, también sin pretensión de totalidad, nada menos que sesenta y tres obras, entre las que la mayor parte son novelas, pero abundan también los libros de historia⁵.

La primera referencia de Tárrago a Sierra Nevada es temprana. En la revista *La Esmeralda* de Granada publicó Tárrago y Mateos una leyenda histórica en verso. «*El Rey de Guadix*», en cuyo principio el autor inserta una breve referencia a la Sierra, Solhait:

Fulgentes se extienden los rayos postreros
que débiles llegan á el alto zenit
aciendo se tiñan con anchos senderos
las nieves que cubren al frío Solhait.

En nota a pie de página Tárrago hace caer en la cuenta que «la Sierra Nevada fue denominada por los godos con el título de Montañas del Sol y Aire, de aquí los Sarracenos sacaron el nombre de Solhait»⁶.

Pero si ahora este autor a colación no es tanto por esta breve y errónea referencia⁷, sino porque Tárrago y Mateos escribió también una novela cuya acción se desarrolla en Sierra Nevada titulada *A doce mil pies de altura*. La novela fue citada por Antonio Rubio en su *Del mar al Cielo*, e incluso Rubio utilizó los nombres de Tárrago para referirse a sus acompañantes de excursión, y así a uno llama el benedictino, a otro el caballista y a un tercero el astrónomo físico geólogo⁸.

Una infructuosa búsqueda por numerosas bibliotecas y coleccionistas de todo el país permitía suponer que dicha novela pudo haberse publicado como folletón de algún

diario o revista de los muchos en los que colaboró Tárrego. Sin embargo, Fidel Fernández la citó en su *Sierra Nevada* con pie de imprenta: Madrid, Bacaycoa, 1878⁹. Dada la excelente información que aporta toda la obra de Fidel Fernández, la conclusión era evidente: el libro existía.

Y efectivamente existe. En 1992 tuve la oportunidad de ver un ejemplar del primer tomo de la misma y todo lo que puedo decir es que consta de tres volúmenes en muy pequeño formato de más de trescientas páginas cada uno y que su publicación se realizó en Madrid en 1871 en la imprenta de la viuda e hijos de Álvarez, calle de San Pedro número 16, bajo¹⁰. Es de suponer, por consiguiente, que ésta que ha sido vista por mí fue la primera edición y que siete años más tarde se realizó una segunda, la citada por Fidel Fernández en Babaycoa, 1878. Tal prodigalidad no sirvió para dejar el libro donde pudiera ser consultado por los lectores e investigadores en el futuro porque éste es hoy casi imposible de encontrar.

Hasta la conclusión del tomo I, el argumento de la novela se puede sintetizar en los siguientes términos: Diego de Cortázar, fraile benedictino, escribe desde Huétor Santillán a su hermano Enrique, militar residente en Madrid (20 de septiembre de 1865) invitándole a participar en una expedición de seis meses que proyecta realizar al Mulhacén e invernal en él: «habitar allí donde materialmente es imposible vivir, desde el mes de Octubre hasta últimos del venidero Abril». Tiene Diego la certeza de que allí murió el infortunado príncipe árabe Abu-Abdalla-ben-Zay-Beer, poseedor y portador en sus últimos días de tres hermosísimos diamantes negros que los expedicionarios tratarán de recuperar, localizando los restos del célebre moro.

Mi plan es salir, pasear, sondear los abismos, perforar las rocas por medio del fotógeno, sacar fotografías de aquellos lugares, estudiar las misteriosas lagunas que quedan petrificadas durante el invierno; ayudarme de la luz eléctrica para registrar las excavaciones más profundas, observar el movimiento de los astros y no dejar nada por ver, a fin de que la ciencia consiga una nueva victoria, ayudada siempre por la inteligencia y la osadía humanas.

El pesado material sería transportado por un globo movido desde tierra por dos cuerdas que avanzarían atándose sucesivamente a los árboles o rocas del camino.

El grupo se pone en marcha al amanecer del día primero de octubre, dirigiéndose hacia Güéjar Sierra en busca del valle del Genil; Real arriba sufren una noche un ataque de una manada de lobos, situación que el benedictino aprovecha para hacer una larga disertación sobre este animal, lo mismo que sucede con el arrendajo, la víbora volante, el pito real, la cabra montés, y las demás especies, dignas de atención, animales y botánicas, que encuentran en el camino; una tormenta da pie para narrar la leyenda del bramido de Bacares, expresada aquí con su correcta ortografía, escrita con b, y para disertar sobre la magnitud y topología de los fenómenos meteorológicos; el contacto con unos pastores es el pretexto para narrar otra hermosa leyenda en torno a una dama petrificada en la laguna del mismo nombre.

Con tan pedagógico y ameno camino, pasan por la laguna de Bacares, a la que dedican largas y hermosas páginas; nuevas leyendas como la del Ave Blanca y completas lecciones de geología montañera esperan a los asistentes mientras tratan asirse a un trozo de montaña desprendida que lentamente les arrastra por el precipicio. Finalmente llegan

al Mulhacén donde, no sin antes realizar una completa descripción panorámica, buscan una gruta donde poder sobrevivir al intenso frío que ya, en los primeros días de octubre, se dejaba notar en la cumbre. Así inician una estancia que, en una narración cargada de matices didácticos, deparará para los viajeros un amplio catálogo de aventuras con las que Tárrago y Mateos se recrea a lo largo de los tomos dos y tres de la obra.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN Y LA ALPUJARRA.

Pedro Antonio de Alarcón nació, como Tárrago y Mateos, en Guadix el 10 de marzo de 1833; estudió leyes y teología, que pronto abandonó, junto con su casa paterna, para marchar a Madrid en busca de un hueco en el mundo de las letras. Sin obtener el éxito esperado, volvió a Granada para formar parte de «La Cuerda Granadina». De nuevo en Madrid desarrolló una activa vida literaria, viajera y política hasta su fallecimiento, ocurrido en Madrid en 1891.

Desde su Guadix natal, Alarcón contempló siempre Sierra Nevada con fascinación. Siempre albergó la idea de «salvar un día las eternas nieves que cierran al Sur el limitado horizonte de Guadix, a fin de descubrir y recorrer unos misteriosos cerros y valles, pueblos y ríos, derrumbaderos y costas que, según vagas noticias... quedaban allá atrás, como aprisionados, entre las excelsas cumbres de la Sierra y el imperio líquido del mar». Buscar los lugares y aldeas donde hace tanto tiempo se produjo la rebelión de los moriscos, recorrer las ruinas de los pueblos que entonces quedaron deshabitados, pisar los escenarios de aquellas violentas contiendas, constituían para él un estímulo superior al del mero conocimiento geográfico que tampoco desprecia, porque como afirma, «Sierra Nevada es el alma y la vida de mi país natal».

Aquel interés se había visto estimulado por las veces que tuvo que esquivar la Sierra. Rodeándola por el Este cuando iba a Almería o por el Oeste camino de Motril. Ni siquiera en estas ocasiones había conseguido ver lo que él llama el reverso de la Sierra, «ni vislumbrar remotamente aquel espacio de once leguas de longitud por siete de anchura en que queda encerrada la Alpujarra... regiones misteriosas cuya existencia no puede ni aún sospecharse desde las comarcas limítrofes; tierras de España que sólo se ven desde África o desde los buques que pasan a lo largo de la Rábida de Albuñol». Más aún, cuando participó en la guerra de África y tuvo la oportunidad de encontrar una hospitalidad verdaderamente árabe, tomó la resolución de viajar allí en cuanto la situación lo permitiera; la estancia en África, «lejos de calmar mi ardiente anhelo de conocer la tierra alpujarreña, hiciéronlo más activo y apremiante».

Aquella es una tierra desconocida para el mundo. No tiene Alarcón conocimiento de los viajes que Gautier, Pfendler, Didier, Tenison o Davillier y Doré realizaron a aquellos lugares y de los testimonios escritos que dejaron y este desconocimiento en un hombre de letras y vinculado a la tierra como él, no es sino la prueba concluyente del desconocimiento que en España existía entonces de aquellos textos:

«Explicábame ya.. que ni los extranjeros que venían de Londres o de San Petersburgo en busca de recuerdos de los Moros, ni los poetas españoles que cantaban estos recuerdos de una gloria sin fortuna, hubiesen penetrado jamás en aquel dédalo de promontorios y de abismos, donde cada peñón - cada cueva, cada árbol secular sería de juro un monumento de la dominación sarracena».

La ocasión de conocer el territorio se la proporcionó la necesidad que un queridísimo amigo suyo, a quien denomina compadre en otras ocasiones, tuvo de hacer un viaje a la Alpujarra por asuntos propios. A ambos se unió un primo de Alarcón, «mas semítico que jafético, a quien quiero como a un hermano, camarada tradicional e indispensable en mis reiteradas excursiones a caballo por aquella provincia».

Todos ellos tenían relaciones en los pueblos alpujarreños y previamente escribieron a sus respectivos amigos, después de hacer minuciosamente el plan de viaje, avisándoles del punto y hora en que confiaban poder abrazar a cada uno. Criados con caballos salieron el día antes de Granada, para esperar a los tres viajeros en la Venta de Tablate; a caballo irían hasta Orgiva y allí, pasando los caballos a retaguardia para ser usados en senderos fáciles, ramblas, playas y ríos, tenían previsto el alquiler de unos mulos del país, «calificados de irremplazables para las asperezas extraordinarias» que les esperaban en su larga expedición. Así, con todo el conocimiento histórico que nuestro autor pudo recopilar para el viaje, en la mañana del 19 de marzo de 1872, salieron Alarcón y sus amigos camino de la Venta del Tablate en la diligencia de Motril.

Las experiencias de aquel viaje las plasmó Pedro Antonio de Alarcón en un extenso libro, cargado en su integridad de narraciones y datos históricos, no en vano lo que se proponía era conocer el escenario de aquellos acontecimientos, que, en lo que a Sierra Nevada se refiere, ha sido calificado con dureza por algunos autores¹¹.

Eduardo Soler y Pérez (*Sierra Nevada, Las Alpujarras y Guadix, Madrid, 1903*) dice de él que «No puede decirse que basta para el conocimiento de la región la obra escrita hace años por ... Pedro Antonio de Alarcón. Pues lo que da valor a la misma es la representación erudita y animada que se hace del levantamiento de los moriscos... Por tales históricos episodios y otros inventados y una narración en forma novelesca, importa más este libro, tan leído, que por la descripción en color local del teatro de la acción y de los lugares más o menos relacionados con ella o por la abundancia de noticias, el detalle preciso y característico de las observaciones sagaces sobre las costumbres de la población. En todo ello es pobrísimo y sin valor positivo en encomios de paisajes, que por vagos, incoloros y falsos, pudieran aplicarse a cualesquiera otros de la Península».

Por su parte, Bernaldo de Quirós (*Sierra Nevada, Madrid, 1923, p. 19-20*), afirma que «amándola y deseándola desde niño, alarcón no dominó nunca la sierra, considerándola como un fondo inaccesible del paisaje de su país. Ya mediado el libro sobre la alpujarra, encuéntrase una hermosa página llena con la descripción de la cordillera, desde un punto de vista que permite contemplarla por entero, a lo menos en su porción más elevada desde el Pico del cuervo al Cerro del Caballo, siempre por encima de los tres mil metros de altitud. Esta página es una brillante nota de color, una deslumbradora tricromía en verde, blanco y azul, pero en vano buscaríamos en ella los pequeños detalles documentales en que se complace el inteligente. Alarcón no distingue en aquella colosal muralla más que las dos elevaciones superiores, Mulhacén y Veleta, y acude, para la representación de ambas, a vagas ideas, lugares comunes, aunque tratados con la gracia de su espíritu, como hombre que no podría decir los rasgos característicos y diferenciales de ambas».

Opiniones elogiosas son sin embargo las de Angel Casas Morales, «Sierra Nevada, vista por Alarcón» y de José B. Muñoz Ruiz, «Alarcón y la Sierra», en *Ideal*, 12-3-1993.

De Granada salen a las ocho de la mañana; Padul, Dúrcal, Talará, Lanjarón, Orgiva (Posada del Francés), Contraviesa, Albuñol y Murtas, pasando por la cueva de los Murciélagos, la Ramblas de Aldáyar y de la Alcaicería, el Cortijo del Collado y la Encina Visa.

Desde Murtas, un Miércoles Santo, realiza su máxima aproximación a la Sierra; salieron de Murtas a las ocho de la mañana en dirección hacia Cádiar. Hacia mitad del camino, terminada la subida:

«Toda Sierra Nevada estaba ante nuestros ojos. Toda sierra Nevada..
¡Toda!... Desde la base hasta las cúspides, sin cofinas intermedias, y
solamente separada ya de nosotros por las amplias y profundas cuencas de
los pujantes ríos de Cádiar y de Yátor».

Es el punto donde queda completamente satisfecha la curiosidad de Alarcón. Sobre una especie de catafalco, con algo de fúnebre y mucho de triunfal, contempla enseñoreándose el Mulhacén, en perpetua apoteosis, «sin reconocer otro rival en Europa que los formidables Alpes»:

«¡El Mulhacén!... No hay palabras ni habría pincel con que poder dar idea de la pureza inmortal, de la transparencia empírea, de la claridad seráfica, con que se destacaba allí la nieve sobre el cielo. Lo blanco y lo azul, el demarcar sus plácidos límites y trazar el nítido perfil de la suprema cima, se regalaban mutuamente unos resplandores tan suaves, o casaban de tal modo la candidez con la limpieza, la inocencia con la claridad, lo inmaculado con lo infinito, lo reciente con lo eterno, lo tacto con lo intacto, que parecíame tener ante los ojos la realidad inefable de cuanto soñó Murillo al vestir azul y blanco sus Purísimas Concepciones».

Otras respetables cumbres descollaban ante su vista: Tajos altos, la Caldera, el Cerro de los Machos, el cerro del Almirez y el Picacho...

«Entonces fue cuando verdaderamente sentí todo el peso de su poderío; y no sin terror pensé que a la tarde mediríamos nuestras débiles fuerzas con las suyas y correríamos por sus inconmensurables laderas, como la hormiga se aventura a curiosear por el lomo de un elefante».

Poco después de las nueve afirma Alarcón que llegaron a Cádiar, «de lo más pintoresco, noble y principal que pueda darse... una residencia de príncipes, una mansión de placeres, un Aranjuez, un Versalles, una Capua», para continuar inmediatamente por Marila y Yátor, lo que denomina su ascensión a Sierra Nevada. La subida es en extremo empinada, la vegetación va cambiando a cada paso y la nieve hace acto de presencia antes de lo esperado, no en vano estamos a finales del mes de marzo y ha nevado el día anterior:

«...principia a refrescar. Quiero decir, principiamos a helarnos. Estamos en las religiones del perpetuo invierno... Ya no descubrimos más que nieve por todas partes... La alta vegetación se ha despedido de nosotros... Ya no se ve un árbol por ningún lado... Nadie puede pedirnos que subamos más... ¡Para estar en marzo y a día siguiente de una nevada, ya hemos subido bastante... demasiado tal vez!

Vuelta la mirada, Alarcón nos describe un panorama tan irreal como idílico:

«Vemos una extensión inmensa del Mediterráneo; vemos la Costa de África, desde el Estrecho de Gibraltar hasta los confines de Argel; vemos las nevadas cumbres del Atlas, del monte gemelo de esta Sierra, vemos bordado en el agua azul todo el litoral antártico de nuestra gran península, como no es fácil verlo sino en un mapa; y vemos, en fin, toda la Alpujarra a nuestros pies...

De todo esto lo que más nos sorprende, seduce y enamora, es la tierra de Africa... ¡Cuán clara y distántemente se percibe a simple vista! Palmo a palmo pudiera dibujarse la silueta de su costa sobre el agua y de sus montes sobre el cielo. Algunos puntos blancos se destacan de aquella perspectiva bosquejada en el horizonte... Serán casas, quintas, sepulcros, morabitos... ¡Quien sabe!... Pero de lo que no cabe duda es de que aquello es el Moro... de que aquello es la infanda Libia, de que aquello es Africa...»

Con esta imaginaria visión, oculto ya el sol en esta tarde de Miércoles Santo, se despide Pedro Antonio de Alarcón del Mulhacén para llegar a Yegen, sumido ya en la más profunda de las tinieblas. Después de diferentes recorridos, el regreso lo hicieron por Motril cuando terminaba el mes de marzo de 1872.

Pedro Antonio de Alarcón, en suma, narró en su libro su viaje por la vega de Granada, el valle de Lecrín, la taha de orgiva, la Contraviesa, el Gran Cehel o tierras de Albuñol y las orillas del mar; no está sin embargo presente en la obra de Alarcón la Alpujarra Alta, la más próxima a la Sierra; apenas unas referencias escasas a Trevélez o Pitres no invalidan la afirmación anterior. Deja en el tintero lugares y paisajes tan necesarios como Carataunas, Soportújar, Cáñar, Pampaneira, Bubión, Capileira, Busquístar, Juviles, Bérchules y Mecina Bombarón, tan ligados a la geografía y a la historia de la Alpujarra, una lamentable omisión - como ha dicho Miguel Carrascosa - que nos ha privado de la descripción de un periodo esencial de la historia y vida alpujarreñas de finales del siglo XIX¹².

GUADIX EN DOS LIBROS SOBRE SIERRA NEVADA: EDUARDO SOLER Y GERALD BRENAN.

Eduardo Soler y Pérez es el primer viajero del siglo XX que, tras un viaje a Sierra Nevada y la Alpujarra realizado en 1901 y repetido en 1905, nos dejó escrito su testimonio de cómo era la Sierra en aquellos momentos.

Eduardo Soler nació en Villajoyosa (Alicante) en 1845. En 1869 fue nombrado profesor auxiliar de Filosofía del Derecho, con Francisco Giner, su maestro, en la Universidad de Madrid. En 1874 obtuvo la cátedra de Teoría y práctica de los procedimientos judiciales y práctica forense en la Universidad de Oviedo y en 1875 la de Disciplina eclesiástica en la Universidad de Valencia. Inserto de lleno en la llamada «cuestión universitaria», fue suspendido ese mismo año de empleo y sueldo, a la vez que eran destituidos o renunciaban otros catedráticos como Giner de los Ríos, Salmerón, Azcárate, Montero Ríos, Moret, Castelar... Hasta su incorporación en 1881 a la Universidad de Valencia fue profesor y bibliotecario de la Institución Libre de Enseñanza y de la Asociación para la enseñanza de la mujer. En 1890 pasó a ocupar la cátedra de Derecho Político en la Facultad de Derecho de Valencia, en la que fue Decano.

A Granada vino acompañado de su hermano Leopoldo, formado en la Institución Libre de Enseñanza y discípulo de Riaño, que entonces era director de la Escuela de Artes e Industrias de Barcelona y más tarde catedrático de Historia en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid.

Así pues, Eduardo escribiendo y Leopoldo tomando fotografías, ambos hermanos llevarán a cabo dos excursiones a Sierra Nevada y a la Alpujarra en el mes de julio de 1901 y de 1905, respectivamente. De ambos testimonios, publicados inicialmente en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* se hicieron en tirada independiente dos libros que, en conjunto, superan las doscientas páginas¹³. Son libros redactados en tono impersonal, donde las referencias personales, muy escasas, se incluyen a pie de página, pero, desde el punto de vista descriptivo, contienen la narración más completa de las realizadas hasta ahora sobre la Alpujarra, aunque no tanto sobre Sierra Nevada.

En el primero de los libros, titulado *Sierra Nevada, las Alpujarras y Guadix*, Soler realiza el siguiente itinerario: Granada, Orgiva, Pampaneira, Trevélez, Cumbres, Cádiar, Ugíjar, Jeres y Guadix. El último capítulo lo dedica Soler a la descripción de Guadix, ciudad que, «por algo más que por sus cuevas debe llamar la atención».

La narración que Soler hace de la ciudad de Guadix es precisa y minuciosa, como todo su libro: el paisaje de la sierra al fondo, la distribución urbana de la ciudad, los tipos de viviendas, deteniéndose preferentemente en la singularidad de las cuevas, el mercado, el bullicio de las calles, la vida municipal, la Alcazaba, el casino, la catedral, el palacio arzobispal, el vecindario, las casas de la nobleza y las comunicaciones.

Por su parte, Gerald Brenan nació en Malta en 1894; residió en África del Sur, Sri Lanka, India, Inglaterra, Irlanda, Francia, Suiza, Alemania y viajó por toda Europa, hasta que en 1914 fue reclutado para participar en la primera guerra mundial. Terminada la misma, Brenan decide recluirse en algún lugar apartado y económico, sencillamente para vivir y estudiar, eligiendo para tal fin la comarca granadina de la Alpujarra y el pueblo de Yegen, donde llegó por primera vez en septiembre de 1919.

En Yegen alquiló Brenan una casa donde permaneció, según su propio testimonio, seis o siete años entre 1920 y 1934; allí vivió en soledad, con Dora Carrington, con Juliana, con Gamel Voolsey, allí nació su hija Miranda Helen y de allí salieron sus primeros libros. En 1935 se establece con Gamel en Churriana (Málaga), donde la sorprenderá la guerra civil. Intentando explicarse a sí mismo qué es lo que había pasado en este país, escribió y publicó en 1943 *El laberinto español*, una de las obras más lúcidas que se han escrito nunca sobre la historia contemporánea de España. A España regresó en un viaje turístico en 1949 y en Granada estuvo siguiendo el rastro de la muerte de García Lorca, publicando al año siguiente *La faz de España*. En 1951 da a luz su *Historia de la literatura española* y en 1957 sale por fin *Al sur de Granada*¹⁴, libro que, junto con *Memoria personal 1929/1970*¹⁵, que termina en 1974, contiene la narración de sus experiencias alpujarreñas.

El núcleo central del libro de Brenan lo constituye pues el estudio social y antropológico de una zona muy pobre y escabrosa de la Alpujarra, Yegen y sus alrededores, con sus costumbres, su ancestral folklore, sus fiestas y algunos de sus personajes más significativos, con sus querellas, incidencias y asuntos amorosos. Además, Brenan tiene tiempo para describir las tierras y la ciudad de Guadix, el castillo de la Calahorra, los burdeles y la historia de Almería y la Granada de los años veinte, que conoció a través de una serie de fugaces visitas, ya que en ella no había gran cosa, ni siquiera la Alhambra, que a Brenan pudiera interesar. Sí le interesó y procuró invitar a sus amigos británicos a la Alpujarra y así sabemos de la experiencia en estas tierras de Leonard y Virginia Woolf, Ralph Partridge, Davil Garnett y Ray Marshall, Sidney Saxon-Turner, Lytton Strachey, Franky Birrell...

El capítulo XIV de su libro lo dedica Brenan a «Las altas montañas y Guadix», ciudad de la que obtiene una no muy favorable impresión:

«Guadix» es un pueblo sucio, ruidoso y multitudinario, con malas posadas y una gran población de gentes muy pobres. Tiene una catedral de piedra arenisca roja... y una plaza con soportales que alguna vez fue hermosa, pero que recientemente ha sido reconstruida y estropeada... Hay algo de duro y de sórdido en Guadix, que penetra en uno al entrar en la ciudad... en ella hay siempre gitanos, mulas, caballos y burros por todas partes y filas de camiones estacionados en su entrada. La tierra, seca, produce un polvo fino, por lo cual sus hombres tienen el aspecto de no lavarse nunca, escupen con frecuencia y tienen una voz áspera y ronca... Podría ser un pueblo cualquiera de la meseta de Anatolia. Hasta la gente, con sus rostros estólidos y pétreos, parece turca.

No es fácil pasear tranquilamente. La razón es que por cada persona mayor que vive en las cuevas hay hasta tres o cuatro niños. Además, estos niños corren como salvajes, en pandillas, sin nada mejor que hacer que seguir y atropellar a cualquiera forastero que por allí asoma... He notado que estos niños tienen una voluntad asombrosa de supervivencia. La mortalidad infantil es extraordinariamente baja entre ellos, y cuando recientemente se derumbó una cueva, debido a las fuertes lluvias, murieron, en una familia, los padres y los abuelos, pero los diez niños fueron extraídos indemnes. Es típico.

JOAQUIN MUÑOZ RUIZ

De comienzo de los años treinta son varios testimonios literarios sobre Sierra Nevada nuevamente accitanos, escritos ahora por Joaquín Muñoz Ruiz, abogado de carrera, periodista ocasional y secretario del Ayuntamiento de Guadix¹⁶, quien escribe diferentes crónicas serranas desde el cortijo del Humo y desde la propia ciudad de Guadix.

La primera de ellas es el testimonio de un viaje a la baja montaña del Marquesado, el cortijo del Humo, en el mes de agosto de 1930, escrito en clave lírica e inconcreta, que da sin embargo para cuatro entregas con el título genérico «Desde la Sierra»¹⁷.

En el mismo tono repite la narración de su estancia en el cortijo del Humo en el verano de 1931, ahora con el título «Notas de una excursión a la Sierra», que publica en tres capítulos¹⁸.

Al regreso de su veraneo de aquel año, en septiembre, publica una reseña del maravilloso libro *Sierra Nevada*, que Fidel Fernández acababa de sacar en Granada¹⁹. Y lo mismo hace al año siguiente con una reseña del libro «Antón del Sauce», que acababa de publicar otro famoso montañero, Nicolás María López²⁰.

Finalmente, en 1933 completará su producción relacionada con la montaña granadina con un artículo dedicado a la visita de Pedro Antonio de Alarcón a Sierra Nevada, que vio la luz en las páginas de un nuevo periódico granadino, el diario *Ideal*²¹.

ANGEL CASAS MORALES.

Poco conocido en la literatura montañera es Angel Casas Morales, notario accitano que ya en los años treinta se había asomado a las páginas de *Ideal* con un artículo sobre «Sierra Nevada, vista por Alarcón»²², en la que Casas lamenta que Alarcón nunca hubiera intentado seriamente escalar las alturas: «Nos hubiera legado, además de su visión horizontal de la montaña madre de Andalucía... una visión vertical desde el Veleta, que daría la sensación de los sublimes matemáticos del espacio y del abismo».

En 1943 publicó un artículo sintético sobre el glaciario cuaternario²³ y el mismo año dio a la luz en su ciudad natal un hermoso libro titulado *Estampas de Sierra Nevada* que, prologado por Julio Moreno Dávila, dedicó, devotamente, «a la Virgen de las Nieves»²⁴.

Se trata de un libro sustancialmente poético donde el autor combina la maravillosa narración de un amanecer en el Mulhacén y de una puesta de sol en el Veleta, con la descripción del día de la Virgen en la Sierra, el ojeo de una montés en los riscos de la Alcazaba, las bellezas de la mariposa Apolo, la vida de los pastores en las cimas serranas, el afán de los manzanilleros en las lomas del Caballo y las leyendas que la historia ha

forjado sobre la cima del Mulhacén o sobre la laguna de Bacares.

El libro se completa con una colección de dibujos de los más bellos parajes de Sierra Nevada realizados por el propio autor e impresos en azul.

UNA NUEVA EXPEDICIÓN ACCITANA A LA ALPUJARRA.

En 1991 ha visto la luz un nuevo libro sobre la Alpujarra publicado en Guadix, *La Alpujarra. 120 leguas a caballo*, en el que un grupo de montañeros (Antonio Aguilera, Diego Ontiveros, José Antonio Serrano, Juan de Dios Beas, María Antonia Moratinos, bajo la coordinación de Ramón Sánchez Reyes), narran una expedición a Sierra Nevada en la que hicieron un recorrido de 120 leguas a caballo, 660 kilómetros, acampando en 15 sitios diferentes, con 16 caballos distintos y paseando por 51 pueblos de la Alpujarra²⁵.

En el mismo y según se afirma en el mismo libro, «han seguido y completado en definitiva los pasos de un ilustre accitano y predecesor en tan magnífico viaje: Pedro Antonio de Alarcón, quien con la maestría de su pluma supo llevar parte de los rincones de la Alpujarra al gran público».

Esto último es rigurosamente cierto. El libro de Pedro Antonio de Alarcón, con todas sus imperfecciones, es el texto sobre La Alpujarra más leído y más difundido de cuantos se han escrito y publicado sobre esta comarca granadina y ese es un mérito que nadie podrá arrebatar al célebre autor de Guadix.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, Antonio y otros, *La Alpujarra, 120 leguas a caballo*, Guadix, OJE, 1991.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *La Alpujarra. Sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*, Madrid, Miguel Guijarro, 1874, 563 pp. Hay múltiples ediciones posteriores.
- BRENAN, Gerald, *Al sur de Granada*, Madrid Siglo XXI, 1974 (capítulo XIV, «Las altas montañas y Guadix»).
- CASAS MORALES, Ángel, «Sierra Nevada, vista por Alarcón», *Ideal*, 12-3-1993.
- CASAS MORALES, Ángel *Estampas de Sierra Nevada*, Guadix, Imprenta Bocanegra, 1943, 221 pp.
- CASAS MORALES Ángel, «Contribución al estudio del glaciario cuaternario en Sierra Nevada», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XLI, 1943, pp 543 y ss.
- GONZALO RODRÍGUEZ Ramón, *Por riscales y otros silencios (6 visiones de La Alpujarra)*, Guadix, 1987.
- MUÑOZ RUIZ, Joaquín B., «Desde la Sierra», *El Defensor de Granada*, 22, 26, 27 y 28-8-1930.
- MUÑOZ RUIZ, Joaquín B., «Notas de una excursión a la Sierra», *El Defensor de Granada*, 16, 19 y 20-6-1931.
- MUÑOZ RUIZ, Joaquín B., «Sierra Nevada», *El Defensor de Granada*, 4-9-1931.
- MUÑOZ RUIZ, Joaquín B., «Desde la Sierra. Viajes Románticos», *El Defensor de Granada*, 10-4-1932.
- MUÑOZ RUIZ, Joaquín B., «Alarcón y la Sierra», *Ideal*, 12-3-1933.
- SOLER Y PÉREZ, Eduardo, *Sierra Nevada, las Alpujarras y Guadix. Notas de viajes y apuntes*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Artillería, 1903, 117 páginas, edición facsímil, *Sierra Nevada y la Alpujarra*; Granada, Universidad, 1993, Colección Archivum, núm. 39.
- TÁRRAGO Y MATEOS, Torcuato, *A doce mil pies de altura*, Madrid, Imprenta de la viuda e hijos de Álvarez, 1871, tres tomos (1,334 pp).

¹Una ampliación de los datos de este apartado se halla en Manuel TITOS MARTÍNEZ, *La aventura de Sierra Nevada (1717-1915)*, Granada, Universidad, 1991.

²José ORTEGA y Celia del MORAL, *Diccionario de Escritores Granadinos (Siglos VIII-XX)*, Granada, Universidad, 1991, p. 197.

³Juan Ignacio FERRERAS, *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1979, pp. 393-395.

⁴Antonio ENRIQUE, «La escuela de Guadix de novela histórica», *Ideal*, 1-9-1994.

⁵Carlos ASENJO SEDANO, *Torcuato Tárrago y Mateos- el novelista por entregas. (Primer borrador para su biografía)*, Guadix, Publicaciones del Archivo Histórico Municipal, 1995.

⁶Torcuato TÁRRAGO Y MATEOS, «El Rey de Guadix. Leyenda histórica», *La Esmeralda*, núm. 10, 12, 13, 16, 18, 21 y 23, mayo a agosto de 1846.

⁷En lo que toca a su nombre, varios han sido los existentes hasta llegar a su denominación actual. Plinio señaló que el límite de las provincias Tarraconense y Bética lo constituía el monte *Solaris* y ésta es la denominación recogida por San Isidoro al afirmar que el monte *Solorio*, deriva de *Sol Oriens*, porque brilla el sol en sus cumbres antes que asome por el horizonte. Los textos árabes se refieren a Sierra Nevada llamándola unas veces *Yabal al-Taly*, cuya traducción literal sería Monte de la Nieve, y otras *Yabal Sulayr* o solo *Sulayr*. El primer nombre es sencillamente un topónimo descriptivo árabe; el segundo es la versión árabe de su primitivo nombre latino *Solaris* o *Solaris*, que no significa otra cosa que *Monte del sol*.

⁸Antonio RUBIO, *Del mar al Cielo*, Almería, 1881, p.22. Reeditada Granada 1994, colección Sierra Nevada y la Alpujarra, núm. 11.

⁹Fidel FERNÁNDEZ, *Sierra Nevada*, Granada, Urania, 1931, p.339.

¹⁰Torcuato TÁRRAGO Y MATEOS, *A doce mil pies de altura*, Madrid, Imprenta de la viuda e hijos de Álvarez, 1871, tres tomos (I, 334 pp). Juan Ignacio Ferreras cita esta edición de 1871 a través de una referencia de Palau, afirmando que se trata de una novela de dos volúmenes en 16º, en donde toma también su cita Carlos Asenjo.

¹¹Pedro Antonio de ALARCÓN: *La Alpujarra. Sesenta Leguas a caballo precedidas de seis en diligencia*, Madrid, Miguel Guijarro, 1874, 563 pp. Hay múltiples ediciones posteriores.

¹²Miguel CARRASCOSA, *La Alpujarra*, Granada, Universidad, 1992, tomo I, p.40.

Puede verse en este mismo sentido el artículo de Rafael GÓMEZ MONTERO, «La Alpujarra que no vio Pedro Antonio de Alarcón», *Ideal*, 22-9-1992.

¹³Eduardo SOLER Y PÉREZ: *Sierra Nevada, las Alpujarras y Guadix. Notas de viajes y apuntes*, Madrid, imprenta del cuerpo de Artillería, 1903, 117 páginas y *La Alpujarra y Sierra Nevada*, Madrid, Imprenta de Eduardo Arias, 1906, 89 páginas. Ambos han sido reproducidos en edición facsímil conjunta: Eduardo SOLER Y PÉREZ, *Sierra Nevada y la Alpujarra*, Granada, Universidad, 1993, colección Archivum, núm. 39.

¹⁴Gerald BRENAN, *Al Sur de Granada*, Madrid, Siglo XXI, 1974.

¹⁵Gerald BRENAN, *Memoria personal 1920/1975*, Madrid, Alianza, 1976.

¹⁶Algunos datos y su propia fotografía en *Ideal*, 8-5-1934.

¹⁷Joaquín B. MUÑOZ RUIZ, «Desde la Sierra», *El Defensor de Granada*, 22, 26, 27 y 28-8-1930.

¹⁸Joaquín B. MUÑOZ RUIZ, «Notas de una excursión a la Sierra», *El Defensor de Granada*, 16, 19 y 20-6-1931.

¹⁹Joaquín B. MUÑOZ RUIZ, «Sierra Nevada», *El Defensor de Granada*, 4-9-1931.

²⁰Joaquín B. MUÑOZ RUIZ, «Desde la Sierra. Viajes románticos», *El Defensor de Granada*, 10-4-1932.

²¹Joaquín B. MUÑOZ RUIZ, «Alarcón y la Sierra», *Ideal*, 12-3-1933.

²²Ángel CASAS MORALES, «Sierra Nevada, vista por Alarcón», *Ideal*, 12-3-1933.

²³Ángel CASAS MORALES, «Contribución al estudio del glaciario cuaternario en Sierra Nevada», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XLI, 1943, pp.543 y ss.

²⁴Ángel CASAS MORALES, *Estampas de Sierra Nevada*, Guadix, Imprenta Bocanegra, 1943, 221 pp.

²⁵AGUILERA, Antonio y otros, *La Alpujarra. 120 leguas a caballo*, Guadix, OJE, 1991.